

De aprendiz a docente: mi historia

Mayra Alejandra Casillas Hernández*

Cuando intento recordar en qué momento comenzó mi interés por la docencia, inevitablemente regreso a mi infancia. Desde pequeña me caracterizaba por ser una niña observadora y curiosa. En el kínder, más que concentrarme únicamente en las actividades, solía fijarme en cómo mi maestra organizaba el salón, cómo lograba que todos participáramos y, sobre todo, cómo mostraba paciencia cuando algún compañero lloraba o tenía dificultades. Aquellas escenas que parecían cotidianas comenzaron a despertar en mí una inquietud que con el paso del tiempo se transformaría en vocación.

En casa solía jugar a ser maestra. Acomodaba cuadernos, simulaba pasar lista y explicaba lecciones imaginarias a mis muñecas o a mis primos. Ese momento lo vivía como un juego, sin imaginar que años más tarde esa representación infantil terminaría convirtiéndose en una decisión profesional.

Durante la primaria tuve docentes que influyeron significativamente en mi formación, pero hubo una en particular que dejó una huella profunda en mi manera de entender la enseñanza: la maestra Alejandra. Ella fue mi maestra en tercero, quinto y sexto grado. Se distinguía por ser una docente estricta, comprometida y profundamente exigente con nuestro aprendizaje. En aquel entonces, siendo estudiante, sus llamados de atención podían parecer duros; sin embargo, siempre repetía una frase que con el tiempo adquiriría un significado especial: “Algún día me van a agradecer todos estos regaños”.

Con los años comprendí que detrás de aquella exigencia existía un profundo compromiso con nuestra formación. La maestra Alejandra no se limitaba a transmitir contenidos; buscaba que comprendiéramos, reflexionáramos y participáramos activamente en las clases. Su manera de enseñar me permitió entender que la docencia no consiste únicamente en explicar temas, sino en generar procesos de aprendizaje significativos. Hoy, desde mi propia experiencia frente a grupo, reconozco que parte de mi identidad docente se inspira en su ejemplo.

Al llegar a la preparatoria, surgió en mí una etapa de cuestionamientos sobre el futuro profesional. En ese periodo se ofrecía un curso relacionado con el área de enfermería, lo cual despertó una gran curiosidad en mí. Siempre me había sentido atraída por las profesiones con un fuerte sentido humano, aquellas que implican acompañar, cuidar o ayudar a otras personas. Por ello, durante un tiempo estuve en duda entre estudiar enfermería o dedicarme a la docencia.

Ambas opciones representaban para mí caminos valiosos de servicio a los demás. No obstante, al finalizar la preparatoria en el año 2020, ocurrió un acontecimiento que transformó profundamente mi manera de ver la vida. En medio del contexto de la pandemia, mi novio sufrió un accidente de motocicleta que lo llevó a debatirse entre la vida y la muerte.

Los días que pasé en el hospital fueron una experiencia profundamente impactante. Presencí de cerca el trabajo del personal de salud, particularmente de las enfermeras, quienes no sólo atendían las necesidades médicas de los pacientes, sino que también cargaban con el peso emocional de situaciones dolorosas. Recuerdo que algunas de ellas nos conocían y se percibía en sus miradas la dificultad de acompañar a una familia en medio de la incertidumbre.

El hospital se llenó de familiares, amigos y conocidos que llegaban con esperanza. Había oraciones, rosarios y muestras de apoyo que reflejaban el cariño que muchas personas sentían. A pesar de ello, después de varios paros, falleció.

Esa experiencia marcó profundamente mi proceso de toma de decisiones. Me enfrenté a una reflexión personal sobre la fortaleza emocional que exige una profesión como la enfermería. Comprendí que, aunque admiraba profundamente esa labor, no estaba segura de poder sostener emocionalmente situaciones similares de manera constante.

Fue entonces cuando comencé a reflexionar nuevamente sobre la docencia. Recordé a la maestra Alejandra y la manera en que su enseñanza había influido en mi formación. Comprendí que, desde el ámbito educativo, también es posible contribuir significativamente en la vida de las personas. La educación tiene la capacidad de transformar trayectorias, ampliar horizontes y sembrar en los estudiantes herramientas para comprender y transformar su realidad.

Con esa convicción decidí iniciar el proceso para ingresar a la Escuela Normal. Apenas habían transcurrido cinco meses desde aquella pérdida cuando presenté el examen de admisión. Las clases se desarrollaban en modalidad virtual debido a la pandemia, lo cual representaba un reto adicional. Sin embargo, cuando recibí la noticia de que había sido aceptada, experimenté una profunda sensación de gratitud y esperanza.

Existe un detalle que siempre me ha parecido simbólico en este proceso: desde mi casa es posible observar el edificio de la Escuela Normal. Durante mis años de formación, muchas veces miraba hacia ese lugar y pensaba en la oportunidad que representaba estar estudiando ahí. Con el tiempo logré concluir la licenciatura y hoy continúo fortaleciendo mi formación a través de la maestría.

Durante ese trayecto también enfrenté desafíos personales. En una ocasión estuve internada en la clínica del ISSSTE, situación que pocos conocían en el ámbito académico. A pesar de ello, continué realizando tareas y participando en las clases desde la cama del hospital cuando era posible. Aquella experiencia reafirmó el compromiso con mi formación profesional.

Uno de mis primeros acercamientos significativos a la práctica docente ocurrió en la escuela Constitución, ubicada en la comunidad de Aguas Buenas, en Silao. Llegué con la incertidumbre propia de quien comienza a observar la realidad escolar desde una nueva perspectiva. En ese espacio tuve la oportunidad de aprender de docentes que contribuyeron de manera importante a mi formación.

La maestra Karina fue especialmente empática conmigo y solía compartirme recomendaciones muy reales sobre cómo interactuar con los padres de familia y cómo enfrentar situaciones cotidianas dentro del aula. Sus orientaciones me permitieron comprender que la práctica docente se construye tanto desde el conocimiento pedagógico como desde la experiencia.

Asimismo, el director Gilberto desempeñó un papel importante en mi proceso de aprendizaje. Fue uno de los primeros en enseñarme de manera práctica cómo elaborar una planeación vinculando contenidos entre sí. En la Normal aún trabajábamos planeaciones organizadas por asignaturas, pero él ya promovía una mirada más integrada del

aprendizaje, anticipándose a enfoques que hoy se reconocen dentro de la Nueva Escuela Mexicana.

Su paciencia y disposición para explicar fueron clave en ese proceso. Curiosamente, hoy el maestro Gilberto también participa en este programa de maestría. Para mí resulta significativo recordar que fue uno de los primeros docentes que me mostró cómo pensar la enseñanza de manera más articulada y contextualizada.

Posteriormente, llegó mi primer año como maestra titular en una comunidad. Aquella experiencia se convirtió en uno de los momentos más significativos de mi trayectoria profesional. Las madres de familia mostraron una gran empatía hacia mi proceso como docente joven; con frecuencia me ofrecían almuerzos o me invitaban a convivencias, generando un ambiente de cercanía y confianza.

Sin embargo, quienes realmente marcaron ese primer año fueron mis estudiantes. Con ellos aprendí que la docencia también se construye desde el afecto, la escucha y el acompañamiento. Compartíamos momentos de aprendizaje, juegos y conversaciones que iban más allá de los contenidos escolares. En varias ocasiones me decían que yo era como una mamá para ellos, porque los cuidaba, los escuchaba y procuraba su bienestar. Ese grupo me permitió comprender que la educación es, ante todo, una relación humana.

Hoy, al mirar hacia atrás, reconozco que mi camino hacia la docencia ha estado marcado por experiencias diversas: la curiosidad de la infancia, el ejemplo de maestros significativos y momentos personales que transformaron mi manera de entender la vida.

Cada una de estas experiencias ha contribuido a construir mi identidad como docente. Elegí ser maestra porque creo profundamente en el poder transformador de la educación y en la posibilidad de acompañar a otros en su proceso de crecimiento.

Con profunda gratitud hacia Dios, quien me dio la fuerza para aceptar su voluntad incluso en los momentos más difíciles de mi vida. También me dio la valentía para enfrentar retos como trabajar lejos de casa, adaptarme a nuevos lugares y resistir situaciones complejas dentro del camino profesional. Cada experiencia me ha fortalecido y ha reafirmado mi vocación.

Por ello, ser maestra, más que una profesión, es para mí una bendición. Es la oportunidad de sembrar esperanza, de acompañar a otros en su crecimiento y de dejar una pequeña huella en la vida de mis estudiantes. Por eso, con humildad y gratitud, puedo decir que me siento profundamente agradecida por el camino recorrido y por la oportunidad de ejercer una de las profesiones más humanas: la de educar.

Como señala Paulo Freire: “La educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria “Eliza Baz de Armida” de Guanajuato, Gto. ma_casillash@bcenog.edu.mx

NORMALES RURALES VIGENTES

F.E.C.S.M.

1935

AÑO DE FUNDACIÓN DE
LAS NORMALES RURALES.



1931



1923



1931



1926



1973



1926



1937



1950



1995



1922



1927



1938



1926



1974



1926



1925



1931



1930

¡EN PIE DE LUCHA!